



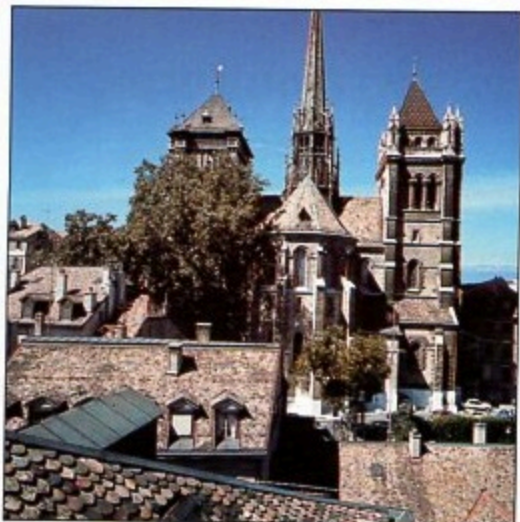
Por el mar de Ginebra

Antonio Ortí

En medio de un valle verde que alguien tuvo el acierto de decorar con un lago azul y unas montañas blancas se encuentra Ginebra. Si sobre la ciudad se ha escrito suficiente, pocos han sido los que han investigado la rara atracción que este enclave ha ejercido sobre insignes personajes. Y es que a lo largo de su historia Ginebra ha logrado convertir a irreductibles nómadas en rutinarios hombres de costumbres, más preocupados por el jardín de su casa que por los secretos escondidos bajo el mar. Aquí quiso morir Borges, aquí nació Rousseau y aquí vivieron Calvino, Voltaire y Lord Byron, muchos años antes de que Sofía Loren, el rey Fahd, Charles Aznavour o Alain Delon cayeran en la cuenta de lo bonita que es la vida cuando el éxito acompaña y el despuntar del día se anuncia con una tabla de quesos y un crujiente croissant.

Tal vez el secreto de esta migración ilustrada reside en el carácter exclusivo de la ciudad. Cuentan en Ginebra que algunos sudamericanos cometen delitos menores a sabiendas de que, en caso de ser apresados, vivirán en una celda individual con televisión, donde se les gratificará con 10 francos suizos diarios —alrededor de 2.000 pesetas— por cada día que permanezcan en prisión.

A falta de pruebas que sostengan esta teoría —ECONOMICS rehusó hacer "periodismo de investigación"— lo más que puede decirse es que no es el ambiente carcelario el





que mejor define a la ciudad. Para empezar, Ginebra es una villa hospitalaria y tranquila, en la que no es fácil distinguir a los turistas en tanto todos los países del mundo están representados, al menos, con la unidad. Si van a hacer turismo los miembros de la ONU —cuyo edificio domina una colina cercana— es cuestión aparte, por más que sea difícil sustraerse a la impresión de un mundo sin problemas viendo a los representantes birmanos, malayos y coreanos paladear unas cervezas frías y unas galletas saladas en una de las terrazas de la ciudad.

Precios en el interior

Enfrente de esa terraza se encuentra la calle Rhone, para muchos la más elegante de la ciudad. En esta calle es normal ver a grupos de personas apostadas en las cristalerías admirando las últimas novedades de Cartier, Versace, Baume & Mercier, Christian Dior y Louis Vuitton, justo al lado de un pequeño cartel donde puede leerse "precios en el interior". A modo de curiosidad, decir que en la calle está prohibido aparcar, por más que los clientes habituales desprecien esa exclusión y consideren los 50 francos de multa como un suplemento más.

A diferencia de Zurich, las bicicletas no son tan corrientes aquí. Los que las llevan son jóvenes o muy mayores, pero no el cajero del Chateau de Penthes —el museo que recrea la historia de las relaciones entre Suiza y el resto del mundo—, el chocolatero de la Avenue de la Paix o el maitre de la Brasserie Landolt, que se desplazan en coche.

Con una de esas bicicletas se llega hasta el Jardín Botánico, donde es posible contemplar a multitud de rosas probándo-

se trajes distintos —amarillos, fucsias, anaranjados o carmesis—, ajenas a las idas y venidas de los patos que veranean en el lugar.

Desde el Jardín Botánico se tiene una vista panorámica de Ginebra que no desmerece algún cuento de Grimm. El color que predomina es el verde de las suaves colinas que rodean la ciudad, pero también destaca el azul "piscina" del Lago Léman —que conforme avanza el día se hace turquesa— o el blanco nata que corona el Montblanc.

Escalar su cima es una forma de relativizar la ascendencia suiza de Ginebra. A diferencia de la mayor parte del país, aquí se habla francés, tal vez por el constante flujo de visitantes del otro lado de la frontera —Ginebra tiene 4,5 kilómetros de frontera con Suiza y 103 con Francia— que hace años se desplazaban a la capital para efectuar labores domésticas o trabajos temporales, y que hoy son prósperos comerciantes con derecho a voto.

El planeta CH

Muchos de ellos continúan viviendo al otro lado de la frontera, ya que el precio de los alquileres está por los Alpes: 1.000 francos mensuales —cien mil pesetas— por un piso de tres habitaciones en un barrio popular y alrededor de 3.000 en uno caro. Tal vez por ello 28.500 extranjeros —camareros, conductores de autobús, trabajadores del aeropuerto y, en general, todos aquellos para quien estos precios, en relación con sus salarios, son excesivos— y otros tantos helvéticos se desplazan cada mañana desde sus *maisons* francesas hasta Ginebra para abordar su jornada laboral.

Para los que son capaces de captar los matices del Planeta CH, el rocoso carácter helvético se permite en Ginebra algunas veleidades que es posible apuntar. De entrada se trata de gentes con mayor inclinación a sonreír, sin que ello merme o distraiga su principal afición: trabajar. En Ginebra se trabaja el 1 de mayo y hasta hace dos años el 1 de agosto, día de la fiesta nacional. La sombra de Calvino se adivina en



el relojero de Piaget o en el insigne chocolatero Willy Zeller —que instruyó a Escrivá en la arquitectura del cacao— de tal forma que es imposible conseguir sonsacarles una palabra desprovistos de su instrumental.

Reloj que marca las horas

El hecho de que Calvino montara en Ginebra su cuartel general —“la Roma protestante” la llamaron entonces— y que se pasara buena parte del día arengando a sus feligreses que el tiempo era oro y el trabajo la línea más recta para alcanzar la dignidad ha conducido a que en esta zona del mundo los ciudadanos sean muy metódicos a la hora de distribuir su tiempo. Al respecto, Ginebra es una ciudad llena de relojes y campanas que alertan a los ciudadanos sobre lo que más conviene cuando se llega a las 13 horas —comer— y lo que hay que hacer cuando el reloj marca las 16,03 —trabajar—. Es más, por si fueran pocos, los ginebrinos han plantado su reloj más emblemático —o sembrado, para ser exactos— en un jardín situado en pleno centro de la ciudad, junto al Puente Montblanc. El reloj tiene cinco metros de diámetro y está decorado con 6.500 vistosas plantas, de tal modo que el centro es de césped, mientras que la corona está delimitada por flores rojas y amarillas. La consecuencia es que las cámaras fotográficas reaccionan ante él con hábitos ya observados en las moscas y la miel. Sin embargo la proximidad de Francia e Italia ha extendido el virus de la calidad de vida, de tal modo que son muchos los ginebrinos que comienzan a instruirse en los usos y maneras de la vida contemplativa. Cualquier lugar al aire libre con un rayo de sol sirve de pretexto para sonrosarse en posición horizontal y, si este lugar es el muelle o uno de los parques que rodean la ciudad, todavía más.

Las playas

Estos jóvenes, pero también el relojero de Piaget o el dependiente del Mc Donald's del Passage Malbuisson, acostumbran a ir en verano a las playas de Ginebra. La



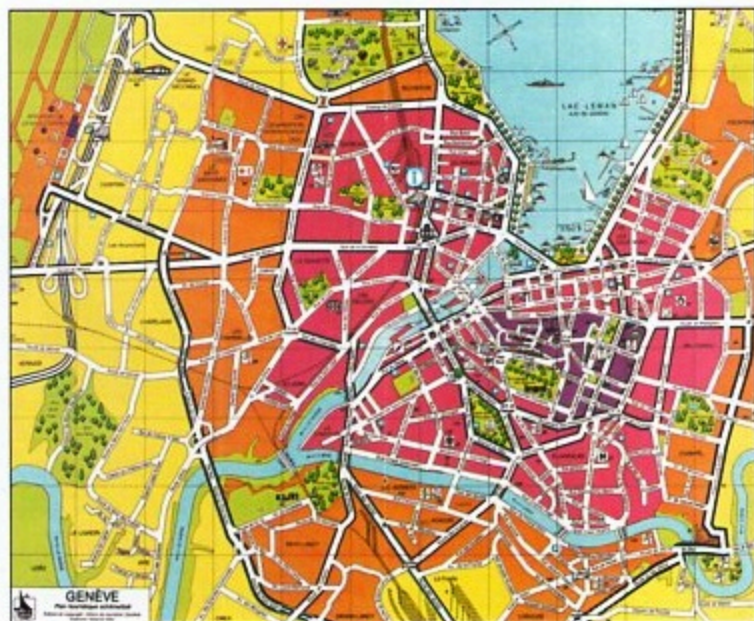
extensión y belleza del Lago Léman y la presencia de numerosas embarcaciones de recreo han llevado a adoptar la terminología marinera.

La principal particularidad de la “plage de Genève” es que la arena tiene el color del césped y el “Mediterráneo” mucha menos sal. El agua está muy limpia y los ingleses y alemanes que hacen de turistas tienen pinta de ser de la liga antibacilo, de fabricar agua mineral o de defender a los osos. No llevan bañadores con la bandera, no beben sangría y no ponen esa cara que se les queda a los de Düsseldorf cuando encuentran una gamba en la paella.

Mirando a la ciudad, a escasos dos kilómetros, puede verse un potente chorro que surca los aires y que cualquiera, metidos en mares y playas, pensaría que provoca una ballena. Pero no. Se trata de un chorro de 140 metros de altura que cada tarde es propulsado artificialmente en recuerdo de otro parecido que los artesanos de los márgenes del río activaban a comienzos de siglo para desalojar la presión hidráulica de sus talleres. Al principio los habitantes de Ginebra —poco dados a los excesos— acogieron con reparo la idea, pero con el tiempo la ballena invisible se ha convertido en uno de los principales reclamos turísticos de la ciudad.

Buenos alimentos y paz

Cuando sopla el mistral —según se comenta, siempre en días impares— el chorro se leadea de



tal forma que cualquier incauto puede verse sorprendido por el cetáceo. Por lo demás, el mistral es un viento extremadamente frío ante el cual no cabe otra cosa que ponerse a resguardo y esperar tiempos mejores.

Para los que no entiendan de rosas travestidas, de ballenas invisibles o de ogros disfrazados de reloj lo mejor es que se hagan con la "Genève Agenda" —una publicación que edita la Oficina de Turismo y que puede encontrarse en muchos restaurantes y hoteles—. Allí aparecen ordenados los principales acontecimientos de la ciudad, desde el "Bistouri Story" de Thierry Meury —"Ou quand la fiction dépasse le reality show"—hasta uno de los dos locales agrupados bajo el epígrafe de "underground" —"Feu o Lac"—. También por la guía, cualquiera puede apercibirse de que Ginebra es una ciudad cos-

mopolita que ha sido capaz de instruir a otras etnias con la máxima "buenos alimentos y paz".

En 1712 nació en el número 40 de la Gran Vie de Ginebra J.J. Rousseau. Veinte años más tarde escribía: "Jean-Jacques, me decía mi padre, ama a tu país... Tú eres ginebrino: llegado el día verás otros pueblos, pero cuando viajes tanto como tu padre, te darás cuenta de que no hay ninguno que iguale al tuyo". A diferencia de "El contrato social", hoy esta máxima tiene la misma vigencia que dos siglos atrás. Pero para comprenderla bien hay que volver al principio, cerrar los ojos e imaginar lo que debe ser una tabla de quesos y un croissant crujiente en una casa sita en un valle verde que alguien acertó a decorar con un lago azul y unas montañas blancas mientras fuera, furioso, sopla el mistral. ●

Guía práctica



¿Cómo ir?

Al margen de existir múltiples enlaces aéreos, la forma tal vez más cómoda de llegar hasta la ciudad helvética es a través del Talgo Pau Casals que enlaza Barcelona con Zurich. Por una tarifa muy inferior a la de cualquier compañía aérea la empresa mixta creada por Renfe y la SNCF —la compañía ferroviaria francesa— ofrece al usuario un sinfín de comodidades —cabines individuales o dobles con ducha y lavabo, prensa diaria y desayuno en la "habitación".— y un esmerado servicio. Se viaja por la noche y se llega a Ginebra de madrugada.

¿Dónde alojarse?

Entre la amplia oferta de alojamiento de que dispone Ginebra destaca el Hotel du Rhone —1 Quai Turretini. Tél. 7319831/Fax 7324558—. Este establecimiento dispone de una restaurante capaz de hacer las delicias de los paladares más exigentes y unas espléndidas vistas. La consecuencia es que suele estar lleno buena parte del año, por lo que es aconsejable efectuar la reserva con antelación.

¿Qué comer?

En general la cocina ginebrina remite a la de otros países próximos —Francia, Italia y Alemania, fundamentalmente—. Entre las especialidades autóctonas destacan la *longeole* —salchichas— y las *perchettes du lac* (Léman)—unos pescaditos que pueden saborearse tan sólo en determinadas épocas del año—



¿Qué visitar?

Para los amantes de los museos Ginebra es la ciudad soñada. Recorrer el Museo de la Cruz Roja —17, Avenue de la Paix— es ciertamente sobrecogedor. También vale la pena pasarse por el Museo del Automóvil y la Moto —tel. 7888484—, sito en las afueras, por el Museo de Arte Moderno —Rue des Vieux—Grenadiers— o por los museos Jean Jacques Rousseau —Promenade des Bastions— o Voltaire —Rue des Delices 25—. Por lo demás, es inexcusable pasearse por el barrio viejo o los alrededores del Lago Léman.

¿Qué comprar?

Relojes, por supuesto, chocolate —recomendamos la visita al establecimien-

to de uno de los grandes maestros, Willy Zeller, en la Plaza Longemalle—, quesos —en los supermercados son considerablemente más baratos— y joyas —es obligada la visita a la Rue du Rhone—.

Información turística.

Ginebra cuenta con una oficina turística muy eficiente —Tel. 909 7000—. Esta oficina dispone de dos guías muy recomendables: la Genève Agenda, de carácter mensual y donde se recogen todos los acontecimientos que tienen lugar en la ciudad —espectáculos, restaurantes, hoteles, discotecas, parques, etc.— y la Genève Guide Pratique, que reúne la información más intemporal —museos, monumentos, hoteles, campings, etc.—

